

reclamando hasta en favor del papa los Estados de Aviñón que el gobierno francés llegó á encolerizarse con nosotros, sin que con esto consiguiera que Floridablanca modificase su lenguaje.

Francia trató de suavizar la situación pues no le convenía rompimiento alguno con España enviando de embajador al caballero Bourgoing que lo era de la Baja Sajonia y persona muy conocida en Madrid. Pero poco hubiera conseguido Bourgoing á no encontrar un auxiliar inesperado en el querido de la reina Manuel Godoy, quién auxiliado por la indigna esposa del monarca, María Luísa, pudo convencer á su confiado y real amigo y protector de cuán perjudicial era á los intereses de España el sistema que se seguía con Francia.

Queremos creer además que hubo de influir también el conde de Aranda y los que se llamaban amigos de las cosas ó novedades de Francia, no de una manera directa sino de una manera indirecta, pues vemos por las nuevas órdenes dictadas para proteger á España de la propaganda revolucionaria francesa que el partido francés tenía más importancia de lo que realmente se cree.

Floridablanca fué, pues, destituido en Febrero de 1792 y su retirada al punto á que habían llegado las cosas y desde la política del conde no era de sentir, pero nosotros hemos de lamentarnos que para separarle de un cargo se le envolviera en un proceso criminal injurioso para su honra pues se acusó de estafa y de ladrón al íntegro y glorioso anciano que por tanto tiempo había regido la nación procurando mantenerla por las vías progresivas que los hombres ilustrados del reinado de Carlos III le habían abierto.

Aranda instituyó al de Floridablanca,—28 de Febrero,—y Godoy que en sus *Memorias* pretendió vindicarse del cargo que se le hacía de haber derribado á Floridablanca, no pudo negar por hablar en contra de él un documento auténtico que influyó poderosamente para que Aranda fuera ministro. A estas alturas había ya llegado el amante de la madre de Fernando VII.

La presencia de Aranda al frente de la política española cerró el período de tirantes relaciones entre España y Francia, y esto nos dice con cuanto disgusto hubo de verse esto por la nobleza y el clero, tanto ó más reaccionaria en España que en Francia. Pero Aranda tuvo desde luégo que modificar su actitud en vista de los acontecimientos, porque á lo sumo puede verse en Aranda un *feuillant*, un *fuldense*, como en España se decía, y claro está que el 10 de Agosto, el 2 de Setiembre y la procla-

mación de la república por la Convención, habían de infundirle serios temores, no por la tranquilidad de España, sino por los intereses monárquicos y dinásticos que representaba, así desde el 24 de Agosto, esto es, apenas tuvo conocimiento de lo que había pasado en París el día 10, se apresuró á consultar al consejo de Estado que él había reinstalado después de haber abolido la junta de Estado creada por Floridablanca, sobre si no era ya llegado el caso de tomar un partido contra la Revolución francesa, si no se debían unir nuestras armas con las de los soberanos de Austria, Prusia y Cerdeña y si no sería indecoroso que España se mostrase indiferente al riesgo de verse privada del derecho de sucesión á la herencia de aquella monarquía. Sobre estos puntos pedía Aranda consulta, haciendo observar al consejo de Estado, si no se prevaledría Inglaterra de estar nosotros en guerra con Francia para armarnos nuevas querellas, si no sería conveniente armarnos para presentarnos como mediadores, y asegurarnos el apoyo de Francia de esta suerte por haber restaurado el gobierno de Luís XVI. En fin, para el caso que se decidiera la intervención armada, preguntaba el de Aranda si no se debía poner inmediatamente en conocimiento de Viena, Berlín, Petersburg y Stockholm, para que se convencieran desde luégo del injusto reproche que nos hacían de ver con indiferencia las cosas de Francia, probándoles con cuanta razón y lealtad les decíamos que para España no había llegado la ocasión de intervenir, y por último si resuelta la guerra, convendría anunciarla públicamente ó irse preparando para ella á título de *precauciones*; lo que apoyaba Aranda con razones político-económicas á través de las cuales se puede vislumbrar lo poco que le halagaba la posibilidad de una guerra con Francia.

Aranda hubo de vencer sus escrúpulos y dominar sus simpatías por la Revolución francesa desde el momento en que los sucesos de Setiembre de la capital de Francia puso á la democracia en frente del realismo. Aranda se decidió desde el 4 de Setiembre por la guerra, pero como Austria é Inglaterra no querían intervenir para imponer una solución política, sino para «obligar á Francia á someterse á su legítimo soberano, sin mezclarnos más que en sujetar á los espíritus revoltosos.» Respecto del procedimiento quería Aranda que se siguiera el precaucional.

Imposible parece que un hombre como Aranda, tan experimentado en política, pudiera creer ni por un momento en la excelencia de su método precaucional, porque Bourgoing y el gobierno francés habían de comprender desde luégo lo que se ocultaba

detrás de aquellas precauciones. Así ante las primeras reclamaciones y ante el deseo ardiente de salvar á toda costa á los reyes de Francia, cuya vida se veía en inminente peligro, deshizo Aranda todo lo andado, y se decidió por la neutralidad. Para este cambio de conducta tenía además Aranda el motivo que le daba el desgraciado éxito de la campaña de Brunswick, que le exponía al grave riesgo de tener que llevar España todo el peso de la guerra, y dicho se está que Lebrun que no gustaba de complicaciones con España, hizo al de Aranda puente de plata para una retirada decorosa; sin embargo, Aranda se negó á reconocer el gobierno de la República francesa; en estas negociaciones andaban metidos Aranda y Bourgoing, y ya aquél se iba calentando en sus contestaciones como hombre poco sufrido, y ya cargado de la altanería francesa, cuando fué llamado á palacio la noche del 15 de Noviembre de 1792, y una vez en la regia estancia, SS. MM. con palabras lisonjeras le dijeron al conde de Aranda, que á sus muchos años le convenía el descanso. Así salió el conde del gobierno; así trataba el antiguo régimen español sus ministros, y como se ve, no pasaban las cosas en España de una manera diferente de la que pasaron en Francia, mientras estuvo en pié.

Grande y general fué la sorpresa de la destitución de Aranda, pero todavía fué mayor al saberse que le reemplazaba en tan críticas circunstancias el joven Manuel Godoy ya duque de Alcudía tan conocedor de lo que debía hacer para merecer las simpatías de los reyes, como ignorante de los negocios públicos.

Veinticinco años tenía no más Godoy en 1792, y nueve años le habían bastado para pasar de guardia de Corps á jefe del gobierno español. Servicios prestados á la nación española durante todo este tiempo, ninguno. Cualidades demostradas en ciencias, letras y armas de las que era mariscal de campo, ninguna. En suma, se hizo un ministro de un hombre hábil cortesano, y sumiso servidor de su reina.

Motivo verdadero del cambio político, no sabemos verlo más que en el abandono en que Aranda iba dejando la cuestión de la vida del rey Luís XVI por defender los intereses y decoro de España, pues apenas Godoy ocupa el gobierno, le vemos no solo consentir el tratado de neutralidad convenido entre Aranda y Bourgoing, sino ofrecerse á éste como mediador con las potencias beligerantes para la paz, consintiendo en la abdicación de Luís XVI y respondiendo de su conducta ulterior hasta dándose honor en garantía, y en fin, dirigiéndose á Oscariz, el cónsul de España en París, autorizándole para gastar cuanto fuera necesario para salvar á la fami-

lia real francesa. Digamos, desde luégo, que España gastó mucho dinero inútilmente, dinero que sólo aprovechó á los que vendiéndose como amigos de España, arrancaban de esta suerte á nuestro cónsul el secreto de nuestra política. Entre los que cobraban citase al ex-capuchino Chabot.

Ya hemos hablado de la funesta intervención de España en los momentos más difíciles para Luís XVI, y la muerte de éste, había naturalmente hacer de Godoy ante sus parientes, los reyes de España, su vengador; nada de paz decía, la guerra. Aranda continuaba creyendo que la guerra no convenía, y llevado de su patriotismo y para ver si era posible detener al atolondrado ministro, dirigió al rey en 23 de Febrero de 1793 una representación exponiéndole sus razones.

Oponíase el conde á la guerra, porque España, ni aún en el caso de salir victoriosa podía obtener compensación alguna por sus sacrificios, fuera la satisfacción de ver restaurada la familia de Borbón; luégo señalaba el peligro de que nuestro ejército se contagiara de las ideas revolucionarias; la poca ó ninguna confianza que se debía tener en Inglaterra, y lo beneficioso que era para España que Francia é Inglaterra se debilitaran mutuamente, por todo esto, Aranda, pedía la neutralidad.

Político y hábil era el plan de Aranda, pero la neutralidad era imposible. Imposible para los Borbones de España, imposible para Francia que hubiera recelado siempre detrás de ella una emboscada. Ni aún con Aranda al frente del gobierno, creemos que hubiera sido posible este sistema. Esto lo prueba el hecho de haberse adelantado Francia á declararnos la guerra, pues, en verdad, mejor le convenía tener en nosotros un enemigo franco de quien defenderse y á quien poder herir, que no un amigo dudoso, siempre dispuesto á aprovecharse de sus desgracias.

Que el sistema de Aranda era imposible en España, nada lo prueba tan claro como el inmenso entusiasmo de la nación por la guerra. Las clases privilegiadas, lo mismo que las clases populares, rivalizaron en ofrecerse al gobierno español. Hombres y dinero los hubo en abundancia, así, pudo decir un historiador español, Muriel, que ninguna otra nación mostró más entusiasmo y generosidad para combatir la República francesa.

Y nosotros, lo confesamos. España no tuvo en todo el siglo XVIII políticos más liberales que Aranda, Floridablanca, Campomanes, Jovellanos, Sempere, Canga Argüelles, etc., y los esfuerzos de todos estos hombres para liberalizar al país no fueron nunca más allá de lo que podía consentir la monarquía

absoluta. Así, en lo único que habíamos adelantado, gracias á los economistas españoles del pasado siglo, era en indiferentismo religioso, pues como todos ellos eran partidarios de la desamortización, hubieron de ser enemigos de las órdenes religiosas, á las que atacaron causándoles incurables heridas, aún cuando no tan graves que no les permitieran esperar el parche que la guerra de la Independencia les puso, evitándoles el que se desangrasen por completo antes de dicha fecha, la que hubiera valido más que no que pereciesen anegadas en sangre en 1835.

Decidida la guerra organizáronse tres ejércitos, destinados á entrar en Francia por Guipúzcoa, Alto Aragón y Cataluña, al mando respectivamente de Caro, príncipe de Castelfranco y general Ricardos.

Ricardos con poco más de 3.000 hombres invadió el Rosellón, ocupó algunas plazas fronterizas, y el 18 de Mayo de 1793 derrotaba en Mas de Eu al general francés Deflers, en batalla campal, cuando ya su ejército contaba cerca de 18.000 hombres, llevando esta batalla la consternación á Perpiñan cuyas autoridades se fugaron á Narbona.

Falto de refuerzos, Ricardos, que le pusieron en estado de invadir el país que le había abierto el combate de Mas de Eu, tuvo que sostenerse siempre pegado á los Pirineos, pues sólo pudimos mantenernos en Peyrestortes, un día,—8 de Setiembre,—que los franceses recuperaron al día siguiente, perdiendo en la empresa sus vidas, dos de sus generales, sosteniendo nuestra retirada durante diez y siete horas el bizarro Courten, batiéndose contra fuerzas cuatro veces superiores á las suyas.

Era, pues, necesaria una batalla decisiva, pues Francia que tantos triunfos conseguía en todas las fronteras, no podía sufrir que sólo en la de España se mantuvieran sus enemigos en su territorio. Sacó, pues, del ejército de Italia á Dagobert que se había distinguido á las órdenes de Biron. Dagobert llegó al Rosellón acompañado de diez batallones de tropas veteranas y de los convencionales Cassagne y Fabre.

A los pocos días los dos ejércitos se batían en Truillás,—22 de Setiembre de 1793.—La victoria fué nuestra, y hubo motivo para celebrarse en España con Te-Deums y otros regocijos, pues los franceses dejaron en el campo de batalla más de seis mil muertos y heridos; pero como en Peyrestortes al otro día hubimos de abandonar el campo de batalla y enfrascarnos en los Pirineos poniendo

nuestro campamento en el Boulou, por haber recibido Dagobert 15.000 hombres de refuerzos. Pero en el Boulou vino á estrellarse Dagobert contra la pericia de Ricardos y la fortaleza de las tropas españolas, pues inútilmente estuvo atacando nuestras posiciones por espacio de veinticuatro días, pereciendo en uno de los combates el representante Fabre, y como Ricardos fué socorrido y el francés por su terquedad se fué debilitando, salió de sus acantonamientos y marchando desde el 7 de Noviembre de victoria en victoria, se apoderó de San Telmo, de Portvendres, del Puig del Oriol y de Colliure, siendo además los trofeos de tantas victorias 12.000 prisioneros, diez y seis banderas, veinte y tantas baterías, gran número de provisiones de todas clases, etc., tomando Ricardos sus cuarteles de invierno en las orillas del Tech. Los franceses se acamparon al rededor de Perpiñan.

Godoy quiso atribuirse la gloria de esta campaña por haber sostenido enérgicamente á Ricardos, pero esto después de tanta y tanta sangre derramada en los valles del Thuir y del Tech, ni siquiera pudimos poner sitio á Perpiñan, faltos de soldados. Si Ricardos hubiese dispuesto de más gente, no puede cabernos duda de que hubiese arrojado á los franceses más allá de Narbona.

En el Norte, Caro, no hizo más, por iguales motivos, que defender la integridad del territorio y tomar el inexpugnable castillo de Píñon por las partes de la frontera de Navarra; hecho de armas muy celebrado pero sin trascendencia.

Debióse este exiguo resultado por nuestra parte, después de ocho meses de campaña, al corto número de fuerzas que pusimos en movimiento y á la falta de organización militar. En estas circunstancias nuestros generales y muchos soldados no pudieron hacer más de lo que hicieron.

A Godoy; ¡oh, excelencias de la antigua monarquía! le valió la campaña el nombramiento de capitán general, que se lo concedió el imbécil de Carlos IV al ponerse en camino Ricardos para empezar la guerra en Cataluña.

Francia resolvió en vista de las victorias de Ricardos acabar con este general, el único de los generales extranjeros que quedaban á fines de 1793 en el territorio de la república, y le envió al vencedor de Tolon, á Dugommier. Pero esto es materia de las campañas de 1794.



## CAPITULO VIII

### LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Exageraciones reformistas.—La Comuna de París.—Chaumette moralista y reformador.—Chaumette y Clootz.—Ideas panteístas de Clootz.—Fouché y Gobel.—El 7 de Noviembre de 1793: renuncia Gobel el episcopado.—Actitud de la Convención.—Gregoire se niega á apostar.—La fiesta de la diosa razón.—Abdica la Convención.—Triunfo de Chaumette.—Hebert interviene.—Su indecente actitud.—Robespierre interviene.—El 17 de Noviembre: memoria de Robespierre: sus amenazas.—El 20 de Noviembre: llévanse á la Convención los vasos sagrados de las iglesias.—Indignación de Robespierre: defiende el culto católico: ataca el ateísmo.—Hebert retrocede.—Chaumette hace cerrar todas las iglesias.—Interviene Danton: pide que se celebre una fiesta en honor al Sér Supremo.—Hebert y Chaumette se excusan.—Disposición de ánimo de Danton.—Propone Billaud-Varenes la organización de un gobierno fuerte en el interior.—El Comité de salvación pública.—Su personal y partidos.—Ataca á la Comuna.—El 4 de Diciembre Chaumette llama las secciones á las armas.—La Convención anula la convocatoria.—Levántanse las provincias contra los hebertistas: Nevers.—Robespierre vuelve de nuevo á la carga.—La Convención declara la libertad de cultos.—El espurgo en los Jacobinos.—Robespierre y Danton unidos.—Unense con Desmoulin.—Publica éste *Le Vieux Cordelier*: sensación que producen sus números.—Ataca personalmente á Clootz y Chaumette.—Robespierre ataca á Clootz en los Jacobinos.—Es rayado de la lista de los socios.—Desmoulin publica el tercer número de su diario: condena el terror.—Fabre de Englantine pide la renovación del Comité de salvación pública.—Opónese Robespierre y la Convención le da la razón.—Resuélvese á sacrificar á los hebertistas para satisfacer á los moderados.—Los hebertistas llaman á Ronsin á París para organizar la resistencia.—Impudencias de Ronsin.—Mándalo prender la Convención.—Manifestación de regocijo público: piden la libertad de los presos por sospechas.—Robespierre pide que se nombre un comité que estatúe sobre su suerte.—El cuarto número de *Le Vieux Cordelier*.—Elocuente invocación á la clemencia.—Robespierre lo condena por inoportuno.—Situación de Robespierre.—Philippeaux hace público lo ocurrido en la Vendée con Ronsin.—Intervención de los jacobinos.—Renuncia la Convención á organizar el Comité de justicia.—El quinto número de *Le Vieux Cordelier*.—Ataca á Barere y á Hebert.—Desmoulin ante los Jacobinos.—Robespierre le defiende.—Célebre altercado entre Robespierre y Desmoulin.—Interviene Danton.—Philippeaux y Fabre desoyen á Danton.—Prisión de Fabre: 12 de Enero de 1794.—Danton pide que se oiga á Fabre.—Billaud amenaza á Danton.—Política de Robespierre.—Acaloramamiento de Desmoulin.—El séptimo número de *Le Vieux Cordelier*: no se puede publicar por no encontrar editor.—Robespierre enfermo.—Su situación moral.—Intentan los hebertistas una nueva insurrección.—Son presos sus jefes.—Prisión de Herault de Schelles.—Muerte de los hebertistas: 24 de Marzo de 1794.—Muerte de Clootz.—Examen de la situación política interior.—La Convención reformista.—Declara la instrucción primaria gratuita y obligatoria: Lakanal.—Funda el museo del Louvre.—Chappe y el telégrafo eléctrico.—Decrétase la unidad de pesos y medidas.—Funda el observatorio nacional de música.—Repártense los bienes comunales.—Abolición de la facultad de testar.—Codificación de las leyes vigentes y su unificación.—Cambaceres.—El calendario republicano: Romme y Fabre de Englantine.—Cómo la Convención llevaba adelante la revolución social.—Resultados de la intransigencia.



OS inauditos crímenes cometidos en todas partes de Francia por los hebertistas y la indisciplina que introducían en el ejército á tanta costa creado por la revolución, disus-

taron á los mismos que habían empujado la república por el terror, quienes no dejaron de ver que la exageración política llevaba á otras exageraciones mucho más temibles para una sociedad política,